EL ESPECTADOR
Jueves 22 de abril

Prueba 1 mes por $9.500

HISTORIAS DE VIDA

Alberto Montoya Puyana: “Me satisface haber podido servirle a la comunidad”

Cultura Hace 8 minutos
Por: Isabel López Giraldo

En esta nueva entrada de la serie Historias de Vida, creada por Isabel López Giraldo para El Espectador, Alberto Montoya Puyana habla sobre su vocación al servicio público, al haberse desempeñado como alcalde, gobernador y congresista, así como de su papel como rector en la Universidad Autónoma de Bucaramanga.

Te invitamos a suscribirte
La quiero
EL ESPECTADOR

Soy una persona sencilla, de trato amable, a quien le gusta tener buenos amigos y excelentes relaciones de familia.

Orígenes- Rama paterna

A mi abuelo, Emiliano Montoya Zapata, no lo conocí pues murió cuando yo todavía estaba muy pequeño. Tuvo fincas en zonas inhóspitas a las que mi papá lo acompañaba. En ellas se encontraban serpientes como si fueran zancudos, por lo tanto, al acostarse tenían que revisar muy bien la cama para evitarse sorpresas.

Tampoco tengo recuerdos de mi abuela, Eva Mejía Restrepo. Mi papá nos llevaba con mucha frecuencia a Medellín para que visitáramos a la familia y nos contaba historias muy especiales de su juventud y de la familia.

Guillermo Montoya Mejía

Mi papá, Guillermo Montoya Mejía, fue un antioqueño que vino a vivir a Bucaramanga hace noventa años. Tuvo una relación cercana con la familia Echavarría en Medellín que le ofreció ser el agente de Coltejer en esta zona del oriente colombiano. A él le pareció interesante, tomó la opción, la desarrolló con mucho éxito, pero, eso sí, nunca dejó de ir a su tierra para visitar a la familia, supervisar sus negocios y no perder su acento paisa que heredamos.

Perteneció a una familia de dieciocho hijos, él fue el mayor de los hombres. Como cosa curiosa, tuvo dos pares de hermanas mellizas que fueron religiosas, una de ellas monja de clausura en Colombia y las otras en comunidades religiosas en Europa.

Últimas Noticias

Cumbre internacional de teatro y premio a la directora Patricia Ariza
Cultura- Hace 2 horas

Diez años de la muerte de Ernesto Sabato: conferencias sobre su obra
Cultura - Hace 2 horas

Un siglo después, la primera versión en chino del Quijote regresa al español
Cultura - Hace 4 horas

“Sofoco” y el retrato de una Colombia rural
Cultura - Hace 5 horas

Historia de la literatura: “Elogio de la estulticia”
Cultura - 21 abr 2021 - 9:00 p. m.

Fue un hombre muy estricto, pero nunca se expresó a través de la violencia, sino del diálogo. Tuvo un sentido de autoridad muy importante que nos ayudó a entender con claridad las razones por las cuales debíamos acatarlo. Esto hizo que tuviéramos una muy cercana y buena relación. Fue muy generoso con todos nosotros.

Con un grupo de amigos, mi papá desarrolló empresas e industrias y contribuyó de manera muy activa y positiva al desarrollo del departamento de Santander.

Disfrutó mucho de los viajes y algunos los hacía regularmente en barco a Europa. Podía demorarse un par de meses en regresar y sin falta nos traía regalos. Pocos días después de su arribo llegaban varios baúles cargados de más regalos y cosas para la casa.

Le dio verdadero valor a la palabra, la misma que sobreponía a la firma de un documento. Desde su agencia de Coltejer dio muestras de ello cuando en ocasiones le pedían mercancía sin tener cómo pagar de inmediato. Decía: “¿Quién le está cobrando? Bien pueda, llévese lo que quiera y usted después me lo paga”. “¿Qué necesita? ¿No necesita algo más?”. Los clientes quedaban muy agradecidos y no le incumplían con el pago.

Nos dio grandes enseñanzas y la gente lo quiso muchísimo.

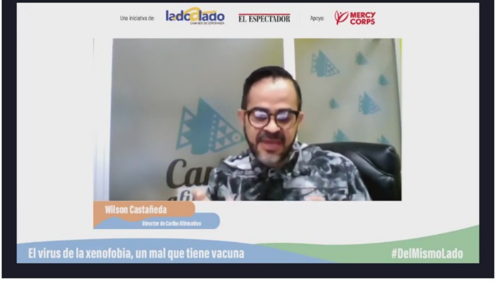
Rama materna

Francisco Ambrosio Ofarrel nació en Sigüenza, España. Su apellido es originario de Irlanda y antes de viajar a Colombia acogió el Puyana en honor a una familia muy cercana a la suya. Francisco Ambrosio Puyana Ofarrel marcó el inicio del apellido en Colombia. Llegó al país a mediados de 1700 y se estableció en Girón, Santander.

Mi bisabuelo, David Puyana Figueroa, fue poseedor de una fortuna apreciable. Dueño de fincas (algunas de ellas heredadas), tuvo ganado, cultivó café y tabaco, productos que exportó a Europa, junto con la quina. Mediante un remate, efectuado por el Estado, fabricó y distribuyó aguardiente y otros licores. En asocio con un grupo de amigos, fundó el Banco Santander, el Club de Soto, la Compañía Santandereana de Vapores para la navegación en el río Magdalena, en fin, fue muy activo en procesos comerciales.

En el imaginario popular prosperó la leyenda de que Don David tenía “pacto con el diablo”, pues fue la única forma que encontró la gente para explicar tan grande fortuna. Algunas anécdotas refuerzan esa creencia. Una de ellas consistió en la vigilancia que hacía a sus obreros desde el balcón de la casona de la Hacienda Cabecera del Llano con un catalejo que había traído de Europa, del que no tenían conocimiento sus empleados, a quienes, al regresar de su jornada de trabajo, les tomaba cuentas de por qué estaban durmiendo o tomando guarapo.

El Espectador en video:


Una iniciativa de: ladoalado CAMINOS DE ESPERANZA
EL ESPECTADOR
Apoyo: MERCY CORPS
Wilson Castañeda
Director de Caribe Afirmativo
El virus de la xenofobia, un mal que tiene vacuna
#DelMismoLado

En una mula, muy fuerte y briosa, visitaba las fincas, en las que aparecía sin previo aviso. Una noche, cuando subía a la Mesa de Ruitoque sobre su mula, en su rápido andar por el camino empedrado, sacaba chispas con las herraduras. Decían: “Allá va Don David que sí tiene pacto con el diablo porque miren cómo bota chispas por donde anda”.

Por concesión estatal, algunos familiares fueron importadores y distribuidores de licores en Colombia.

Con los años, su nieto, Armando Puyana Puyana, desarrolló el negocio de la construcción y aportó al crecimiento de Bucaramanga con proyectos urbanísticos de gran calado.

El abuelo, David Puyana Martínez, murió cuando yo era muy niño. Recuerdo el inmenso cariño con que la abuela, Eva Uscátegui, nos trataba. Fue muy especial y consentidora.

Mi mamá, Leonor Puyana Uscátegui, fue una mujer muy linda que representó a su departamento en el segundo Reinado Nacional de la Belleza (en Cartagena), lo que debió ocurrir a sus veinte años. Ella era un perfecto ponqué, de un trato muy amoroso y alcahueta con sus hijos, pero también era quien nos castigaba, pues bastantes motivos le dimos.

Mis papás se conocieron en Bucaramanga. Mi papá era considerado el soltero más cotizado y ella era toda una reina. Tuvieron cinco hijos: Alberto, pues soy el mayor. Gustavo, economista de Los Andes que, dentro de sus actividades, gerenció Terpel, se asoció en una empresa dedicada a la disposición de residuos peligrosos, Descont, que luego fue vendida a una multinacional. Guillermo estuvo al frente de los negocios de la Agencia de Coltejer y luego se dedicó a sus actividades personales. Eduardo se casó y se residenció en Medellín para atender los negocios de mi papá, murió en enero de 2020. Lucía Beatriz, la menor y la más consentida de la casa, sufrió de diabetes juvenil, enfermedad que le costó la vida a los treinta y tres años.

Fuimos criados con un respeto muy grande por la religión católica.

Época de colegio

Los primeros años de estudio los adelanté en el Colegio de monjas de La

Presentación. Era magnífico porque las niñas nos consentían; unas primas hermanas, algo mayores, nos buscaban en los recreos para contemplarnos.

Pasamos al Colegio del Divino Niño, donde adelantamos parte de la primaria. Fue directora de curso la señorita Herminia Serrano, que aunque muy estricta, nos brindó una excelente educación. Nos enseñó la importancia de la disciplina y la responsabilidad. Alguna vez me gané un regletazo y en ese momento recordé lo que me había comentado un amigo: ponerme un par de pestañas en la palma de la mano formando una cruz, entonces a la señorita Herminia se le partió la regla y poco me dolió el golpe.

Finalmente hicimos el bachillerato en el Colegio San Pedro, de los jesuitas.

Mi papá me ofreció estudiar en el Colegio San José de Medellín, pues realmente es una institución maravillosa, de altísima calidad y con instalaciones estupendas. Me animé, se hicieron todos los preparativos y viajé para estudiar interno. No me fue fácil despedirme de mi mamá. Al llegar a semejante inmensidad me sentí infinitamente solo, me dio mamitis, pedía permisos frecuentes para visitar a mis tíos que vivían muy cerca. A los diez días le manifesté a mi papá que quería devolverme.

Al regreso a Bucaramanga comencé en el Colegio San Pedro Claver, donde continué hasta graduarme. Disfruté inmensamente esa época de la que me quedan buenos recuerdos y anécdotas junto a muy buenos amigos y a mis hermanos que poco a poco fueron llegando. Con varios de los compañeros de graduación nos reunimos anualmente para celebrar esa fecha.

Mi papá formó parte del grupo de liberales que atendieron el llamado de Armando Puyana, Alfonso Gómez Gómez y Carlos Gómez Albarracín para crear el Instituto Caldas como una reacción a temas de orden político, dados los conflictos partidistas entre liberales y conservadores a mediados de siglo pasado, pues no era posible que los hijos de liberales ingresaran a los colegios oficiales.

El Instituto fue la base para la posterior creación de la Universidad Autónoma de Bucaramanga.

En la medida en que se afianzaban y lograban ofrecer los cursos de primaria y bachillerato, mi papá decidió trasladar a mis hermanos Guillermo y Eduardo, que eran los pequeños. Gustavo y yo, ya que íbamos cursando los últimos años escolares, nos quedamos en el San Pedro.

Eduardo se ganó el premio al Mejor Bachiller de Colombia, fue un estudiante muy brillante y recibió importantes incentivos.

Universidad Javeriana

Cuando llegué a Bogotá, al comienzo, viví en una pensión para estudiantes que tenían unas santandereanas. Luego con mis hermanos logramos convencer a mi papá de que nos sacara apartamento junto con otros amigos coterráneos. Iván Osorio, pereirano y compañero de estudio en la Javeriana, se unió a nosotros en ese propósito, pero también a las fiestas.

Comencé ingeniería en la Universidad Javeriana sin haber tenido orientación vocacional. Coincidí con un primo que estudiaba arquitectura, nos visitábamos mucho y lo empecé a acompañar en sus talleres, experiencia que me permitió ver que esa era mi carrera. Hablé con mi papá, le dije que había decidido no continuar con ingeniería, que había hablado en la facultad y que me habían aceptado el traslado de carrera. Por fortuna me dijo: "En eso no voy a intervenir, pues es su futuro, es lo que usted quiere, entonces no tiene que pedirme permiso".

Me gustó fundamentalmente el diseño, que más adelante combiné con construcción. En quinto semestre obtuve muy buena nota con el proyecto que presenté y que fue escogido por los directivos de la facultad para participar en un concurso mundial de diseño de vivienda en Praga.

En el año 66 un terremoto muy fuerte en el Huila destruyó un buen número de iglesias y casas curales. La Curia formalizó un convenio con la Javeriana para rediseñar las instalaciones destruidas. Como resultado de ello, el decano me encargó esa responsabilidad y me asignaron oficina. Recibimos la dirección de un profesor y nos apoyamos en un grupo de estudiantes de dibujo arquitectónico.

Un poco más adelante la secretaria de la facultad me pasó al teléfono cuando buscaban a un estudiante de arquitectura para diseñar una metalúrgica. Este fue mi primer trabajo de diseño con honorarios. En 1968, ya graduado, desarrollamos el proceso de construcción, lo que me exigió viajar de manera frecuente de Bogotá a Tunja.

Luego de esta experiencia me radiqué en Bucaramanga para ejercer mi profesión. Siempre me ha hecho mucha falta mi ciudad. En el desarrollo de mis actividades laborales viví en Bogotá por más de una década, pero los fines de semana iba a Bucaramanga para reunirme con mi esposa y mis hijos.

Comienzo de la vida profesional

En Bucaramanga empecé como arquitecto residente en la construcción de un edificio de apartamentos en terrenos que mi papá había adquirido. Él asignó a la Constructora Martínez Villalba su desarrollo, firma que me dio la oportunidad de practicar y aprender.

Matrimonio

A mis veintisiete años, hace cincuenta, y sin haber terminado el proceso de construcción de esta obra, me casé con Martha Muñoz Guerrero y, meses más tarde, abrí oficina propia. Una semana después de mi matrimonio mi papá murió.

Su papá

Disfrutando de nuestra luna de miel, Martha se enfermó y regresamos a Bucaramanga. Una vez se mejoró, decidimos retomar nuestro viaje, pasamos a despedirnos de mis padres y en vista de la hora mi papá nos dijo: "Muchachos, se les va a hacer tarde, mejor váyanse. No pierdan más tiempo".

Era medio día y mi papá temía que nos cogiera la noche en la carretera. Planeamos viajar en el carro que nos habían regalado mis suegros con motivo de nuestro matrimonio. Queríamos ir a "puebliar" por Boyacá, luego en Bogotá tomar un avión y continuar. Tan pronto salimos para el viaje, mis papás y mi hermana almorzaron, mi papá se recostó a dormir su acostumbrada siesta, mi hermana lo acompañó (ella era la niña de sus ojos), hasta que sintió un leve quejido. Se volteó a mirarlo y estaba inconsciente. De inmediato lo llevaron a la clínica, pero no fue posible hacer nada. Fue una muerte muy tranquila para él, pues no se dio cuenta y no sufrió, pero fue muy traumática para nosotros.

Ante lo sucedido, empezaron a tratar de localizarnos para darnos la noticia. En Los Curos había un puesto de Telecom, llamaron, pero no contestaron porque la telefonista estaba almorzando. Cuando por fin atendió la llamada, nosotros ya habíamos pasado por ese punto. Marcaron a una persona en San Gil, que con la descripción del carro nos pudo hacer señas en el camino. El caso es que decidí no parar.

Una vez en el pueblo, un policía nos hizo detener y me preguntó:

— ¿Usted es el señor Montoya?

— Sí

— ¡Sígame!

— ¿Cómo así que sígame?

— Sí, señor. Vamos donde el comandante que tiene una razón para usted.

Como llevábamos el carro lleno de cosas, no había puesto para el policía. Avanzamos y en la Plaza Principal nos encontramos al señor que nos había dado alcance en la carretera. En esta ocasión se me acercó y gentilmente me dijo que llamara a mi casa desde su almacén. Martha se quedó en el carro y mientras fui a llamar preguntó qué ocurría. El señor le dijo: “El papá de uno de ustedes murió”.

Marqué y me dijeron:

—Alberto, devuélvase. Su papá está muy enfermo.

— ¿Qué pasó?

— No, mejor venga lo más rápido posible porque es importante que usted esté acá.

Cuando le dije a Martha que mi papá estaba enfermo, ella dedujo que había muerto su suegro.

Necesitaba ir rápido, pero como estábamos estrenando el carro no era conveniente forzarlo, pues en aquella época a los carros había que conducirlos suave hasta lograr cierto kilometraje, el suficiente para que el motor despegara. Pero le dije a Martha: “Nos devolvemos ya mismo a Bucaramanga y no voy a sacar el pie del acelerador, por favor me avisas si ves que viene algún carro”.

Hay una zona en la que la carretera parece una cuerda metida en un bolsillo, llena de curvas, bajadas, surcada por un cañón inmenso, el del río Chicamocha. En ese tiempo la carretera era muy angosta, por lo tanto, era imprescindible que Martha me ayudara a estar muy atenta.

Al llegar encontramos a la gente de corbata negra, ahí me derrumbé anímicamente y supe lo que ocurría. Fue como si me hubieran pegado una patada en la cabeza. La muerte de mi mamá fue similar, sin padecerla, pues murió de un infarto, herencia Puyana. Por fortuna mi corazón es herencia Montoya, teoría que he logrado comprobar por eventos de salud que narraré más adelante.

Secretaría de obras públicas

Ejercí mi profesión en mi oficina de arquitecto. Participé, junto con Carlos Enrique Quijano, Eduardo de Irisarri y Raúl García, en un concurso nacional de arquitectura para escoger el diseño de la Alcaldía de Bucaramanga en el que resultamos ganadores.

Esta fue una experiencia muy interesante y enriquecedora, un ejercicio que más adelante lo vimos plasmado en la realidad.

Estaba desarrollando otros proyectos, cuando recibí una llamada del alcalde de Bucaramanga, Jorge Reyes P., pidiéndome que lo visitara. Nos reunimos en su oficina y me recibió con un periodista a quien le dijo:

— Le presento al nuevo secretario de Obras Públicas de Bucaramanga.

— Un momentico, Jorge, ¿qué está diciendo? Eso no puede ser, ¿cómo así?, le dije.

— Lo necesito en mi equipo de gobierno.

— Pero no puedo, ahora tengo compromisos profesionales adquiridos en mi oficina que exigen dedicación.

— No sé qué va a hacer. Le doy tiempo para que su oficina marche, pero lo necesito al frente de esto.

Revisé el tema de tal manera que no me llevara a incumplir como arquitecto, pero Jorge me arrinconó de tal forma que me fue imposible no aceptar. Me presentó el Plan de Gobierno en el que sacaba adelante la creación de las Empresas Públicas de la ciudad, tema que me apasiona como arquitecto, además de incluir aspectos de urbanismo y desarrollo de ciudad. Yo ya me había vinculado a estos temas desde lo cívico, cuando fui presidente de la Sociedad Colombiana de Arquitectos Seccional Santander.

El alcalde puso en mis manos la posibilidad inmensa de intervenir en la construcción de ciudad, por tanto, asumí el cargo, al tiempo que concluía los temas de mi oficina (hasta cerrarla). El tiempo no daba para atender los dos frentes.

Empresas públicas de Bucaramanga

Al poco tiempo, el alcalde me dijo que me requería en las Empresas Públicas como subgerente técnico. Comenzó un proceso de consolidación de temas de alcantarillado, basuras, aseo, plazas de mercado, matadero y coliseo de ferias de ganado. No incluimos el acueducto pues era propiedad privada, pero se encontraba dentro de los objetivos. Era necesario adquirirlo para resolver unos problemas geológicos que exigían una muy costosa inversión. Se debía tomar endeudamiento externo, al que no tenían acceso los privados por el requisito de garantía de la Nación.

Los problemas consistían en frecuentes derrumbes de tierra que destruían la conducción de agua desde la fuente en el río Tona hasta los tanques del acueducto de Bucaramanga, privando a la ciudad de este servicio durante apreciables períodos de tiempo.

Se comenzó la compra de acciones del Acueducto con muy lento desarrollo y fue necesaria la intervención del presidente Alfonso López Michelsen para dar inicio al macro-proyecto Ciudadela Real de Minas. Se trata de una ciudad dentro de la ciudad, que se construyó en el antiguo aeropuerto Gómez Niño, desocupado ya por su traslado a lo que es hoy el Aeropuerto de Palonegro. La adquisición de acciones se aceleró a partir del discurso del presidente López en la inauguración de la Ciudadela cuando dijo: “Me encargaré de buscar la expropiación de las acciones del Acueducto de Bucaramanga si no se genera un proceso de venta ágil”. Al día siguiente se formó una cola de interesados en vender sus acciones frente al Banco de Colombia.

Una vez comprado el Acueducto, se designó como gerente a Reynaldo Orduz Arenas, colega arquitecto, quien de inmediato se dedicó a reestructurar la empresa y a la búsqueda de crédito para la construcción del túnel, solución definitiva para la conducción del agua hasta Bucaramanga. Doce años después, Reynaldo fue asesinado por las FARC, el día en que nos preparábamos para celebrar la primera Junta Directiva en el comienzo de mi período como alcalde de la ciudad.

La disponibilidad de agua permitió que Bucaramanga y municipios circunvecinos se expandieran con desarrollos urbanísticos, como la construcción de la Ciudadela Real de Minas, entre muchos otros proyectos.

Empresas de Teléfonos

La Empresa de Teléfonos era manejada por la ***General Telephone*** mediante un contrato de administración delegada, y procedimos a estructurar el proceso de reversión del contrato para el manejo directo por parte de las Empresas Públicas.Para protocolizar el hecho, nos visitó el ministro de Comunicaciones, Jaime García Parra, quien solicitó que yo asumiera la gerencia. En consecuencia, ejecuté al mismo tiempo la subgerencia Técnica de las EEPP y la gerencia de la Empresa de Teléfonos, con una gran carga de trabajo. Procedí a dar los pasos necesarios para ampliar la capacidad de líneas telefónicas, muy escasas en ese momento, y para sacar la licitación pública para obtenerlas.

En el mes de octubre de 1976 se produjo la renuncia del gerente general de las Empresas Públicas, Neftalí Puentes Centeno, y la Junta Directiva me designó en su reemplazo, cargo del que no alcancé a tomar posesión.

Gobernador de Santander

A raíz de mi nombramiento como gerente de EEPP, estaba atendiendo la visita de una pareja de amigos en mi apartamento, quienes fueron a felicitarme. De repente llamaron a la puerta. Se trataba de un hijo del alcalde para decirme que el presidente de la República me estaba buscando y que esperaba mi llamada.

Me pregunté para qué podría estar buscándome, no lo encontré lógico. Fue tal mi impresión que se me grabó el número al que debía llamar: 812020. Le comenté a Martha, pero no a mis amigos, y me encerré en la habitación. Contestaron del Palacio de San Carlos, me identifiqué e inmediatamente me pasaron al presidente:

— Lo estaba buscando porque quiero que usted sea el gobernador de Santander.

— Presidente, ¿usted está loco? Soy una persona muy joven, tengo treinta y dos años, y ese es un cargo muy delicado.

Conversamos muy largo, me comentó que quería un gobernador liberal, me convenció y acepté. Pero me pidió no comentar absolutamente nada. Me explicó:

— Cuando en política se conoce un nombramiento previo a la firma del decreto, se atraviesan y se daña. Hacia las once de la mañana tendré firmado el decreto. Lo espero en Bogotá.

Permanecí sentado en mi habitación pensando en qué lío me había metido. Entró Martha y me encontró blanco, lívido, completamente pálido. Me preguntó qué sucedía, le conté muy brevemente advirtiéndole que no podíamos comentarlo y que hablaríamos una vez se fuera la visita. Cuando así ocurrió, llamé a mis hermanos, uno de ellos, dormido, me colgó y segundos más tarde marcó y luego llegó a mi apartamento. El otro de inmediato se presentó con licor en mano para celebrar.

A las siete de la mañana tenía reunión en Empresas Públicas para comenzar a coordinar la labor, pero antes me detuve en la casa de mi mamá para que no la cogiera de sorpresa la noticia.

Atendí la reunión de coordinación de trabajos en las EEPP sin mencionar nada del nombramiento y a las diez de la mañana me fui para la oficina de la gerencia de Teléfonos. Allí me encontré con la llamada de un periodista de Caracol, cuando lo dirigía Yamid Amat. Me dijo que Yamid le había contado que yo era el nuevo gobernador del departamento. Tuve que negar esa afirmación, pero el periodista confirmó que Yamid había visto el decreto. Me insistió hasta pedirme que lo recibiera en mi oficina.

Como eran las once y media de la mañana, me animé a confirmar. El periodista me pidió prestado el teléfono, interrumpió la transmisión de la emisora y dio la primicia. Con ello comenzó una loca carrera de acontecimientos: llamadas, visitas, reuniones, flores, abrazos, entrevistas, en fin, muchas manifestaciones de amistad y júbilo.

En efecto, el decreto ya estaba firmado, preparé mi viaje para reunirme con el presidente y empecé a conformar mi gabinete. En la reunión, el presidente trazó sus directrices, pero me dio total autonomía para seguirlas.

Cuando le consultaba sobre temas de trascendencia, como el presentado en Barrancabermeja con Ecopetrol por las huelgas de la USO, aportaba con sus lineamientos. Había nombrado un alcalde militar en Barrancabermeja para hacerle frente a la delicada situación que se vivía. Recuerdo que la primera reunión que tuve como gobernador, a las siete de la mañana de mi primer día, fue con ese alcalde. Logramos salir adelante con la ayuda del presidente, del gobierno central y del Ejército.

Se debía cumplir con la milimetría producto de los acuerdos del Frente Nacional. Así lo hicimos y avanzamos en un buen número de soluciones que resolvieron las necesidades de, en ese entonces, los ochenta y dos municipios, lo que es muy complejo dada la difícil topografía montañosa de Santander. Apenas si se contaba con un helicóptero que llegaba a la Quinta Brigada del Ejército, pues por lo general los desplazamientos eran por tierra.

Se adquirió maquinaria amarilla para construcción y mantenimiento de vías secundarias, se brindaron soluciones en salud, educación y varios frentes más. En general, obtuve muy buenos resultados y dejé un legado importante.

Estuve al frente del cargo hasta que terminó el gobierno de López, lo que ocurrió en agosto de 1978. Durante ese tiempo congenié muy bien con el presidente, nos hicimos muy buenos amigos y cuando terminó su período atendió numerosas consultas que le hice, con respuestas y consejos llenos de sabiduría. Nos hicimos compañeros de golf y me invitaba a la celebración de sus cumpleaños, en los que le organizaban torneros, premiaciones y agradables fiestas. Cuando gané el título de Mejor Alcalde de Colombia, me abrumó organizando un torneo en mi honor.